

do a su personaje. "...un tipo como Marlowe —escribió un mes antes de morir— no tendría que casarse, porque es un hombre solitario, pobre, peligroso, y sin embargo lleno de simpatía por la gente".

"Playback" se publicó en la primavera de 1958 y, contra todos los pronósticos, no tuvo demasiado éxito. Tan sólo se vendieron 9.000 ejemplares en Estados Unidos, y la Universal amenazó con demandar al escritor por titular la novela lo mismo que el guión. Para muchos críticos, "Playback" es la más defectuosa de las novelas de Chandler, aunque encuentran en ella entusiasmo, vitalidad, nervio, y muchas otras cosas características suyas, por ejemplo, la ironía, una ironía distanciadora que mantiene al lector en la justa medida para permitirle entretenerse con la narración y al mismo tiempo contemplar el reflejo de una realidad asfixiante.

"Playback" es, sobre todo, la última novela de Marlowe, la desaparición de uno de los campeones más famosos de la literatura de misterio, y de un personaje perfectamente ajustado a la idea que tenía Chandler sobre el "fundamento emocional" de una historia detectivesca: "Que el asesinato no quede impune y se haga justicia", pero teniendo en cuenta que "la justicia no se lleva a cabo a menos que alguien se empeñe en hacerlo". Chandler cree en la justicia como acto individual y confía poco en el gran aparato de la ley, hecho a la medida de los poderosos y vulnerado por la corrupción. La sociedad está podrida y el individuo no debe hacerse ilusiones sobre la bondad social. Así, la figura de Marlowe tenía que adquirir, por fuerza, perfiles quiéscos para reflejar los sentimientos básicos del au-

tor. En "Playback", Marlowe llegará a la autodefinition: "Un hombre que ha intentado hacer el bien por todos los medios a su alcance".

En cuanto a esta nueva versión de la novela, es obligado decir que la traducción contiene errores de bulto, y conserva poco del sabor picante, caústico y fresco de la prosa chandleriana. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

En busca de una cultura popular

Una de las causas que hacen de España un país de semianalfabetos —con un índice cultural tan bajo que solamente es superior al de Uganda, según los expertos en estas materias estadísticas— es el elevado precio que hay que pagar por la adquisición de conocimientos y el goce de los productos culturales: los libros, los discos, el teatro, el cine, los conciertos y los instrumentos musicales; en una palabra, todos aquellos materiales y actividades necesarios para la creación y el disfrute artístico, que es el que, sobre todo, nos concede una visión amplia y humanista del mundo, son considerados por la industria encargada de producirlos como objetos de consumo canjeables por dinero y productores de ganancias, y como artículos de lujo por el Estado, que, a través de su Ministerio de Hacienda, los grava con impuestos y considera su posesión como signo externo de riqueza. De tal modo, el pueblo —que debería ser su verdadero creador— queda divorciado del arte; le resulta ajeno, y llega a descon-

fiar de él, como de algo perteneciente por derecho a las clases opresoras, incluso como de un instrumento más de opresión, en lo que acaba necesariamente convirtiéndose.

Como una forma de lucha, o al menos de protesta, contra este estado de cosas, nacen en el País Vasco las Ediciones Libropueblo (Herrilburu) (1), cuadernillos de literatura —poesía, novela, teatro...—, editados con una economía de medios que no resta calidad al producto final. Libros, curiosamente desprovistos casi de erratas, de presentación agradable —con una sobrecubierta en cartón gris, atada por un cordelito— y, lo que es más importante, a un precio verdaderamente popular, que no asciende en ningún caso de las ochenta pesetas volumen.

Libropueblo se presenta como "una hermandad de trabajadores de la cultura" para editar sus propios libros a precios realmente populares, sin obtener beneficios. Sólo tienen como finalidad denunciar los precios de los libros, "una denuncia —siguen diciendo los editores— de un sistema social de mercado". No se plantean el ser una solución al problema del libro: "Esta solución —dicen— habría de traerla la propia sociedad, no un grupo de ciudadanos voluntarios". Desde esta postura de denuncia, Libropueblo presenta, en cada ejemplar, sus cuentas: da el precio exacto de lo que les cuesta editar un libro, y justifica así el precio —realmente exiguo, para lo que estamos acostumbrados— de su venta, que sólo sirve para cubrir gastos y seguir manteniéndose como editorial.

(1) Cualquier información sobre esta editorial y su labor puede solicitarse a Ediciones Libropueblo, calle particular de Urt, número 3. Getxo. Vizcaya.

Hasta ahora, Libropueblo tiene editados solamente cuatro cuadernillos, de los que he recibido dos: una novela corta de Ramiro Pinilla, "La gran guerra de doña Toda", y "Mi dimensión", poemario de Javier Urquijo. No es momento este de entrar en discusión sobre la calidad de estos textos. Se puede decir que responden a los postulados iniciales de la editorial: son una denuncia a un sistema de cosas. Pero no responden en absoluto a las concesiones de la llamada "literatura de combate", incapaz por lo general de superar las formas de la literatura burguesa, del entramado mismo del pensamiento contra el que luchan: la novela de Pinilla alcanza formas expresivas esperpénticas, es fábula y cuento moral, es reflexión sobre una realidad, no precisamente deformada hasta alcanzar el nivel de lo fantástico, sino denunciada en lo que de más grotesco tiene. En cuanto al poemario de Javier Urquijo, tampoco cae en los defectos de la poesía que se quiere testimoniar y que acaba siendo como de sacristía roja. Se trata de una poesía que tal vez necesite aún de una mayor depuración, pero que da rendida cuenta de un paisaje interior que es reflejo de las condiciones objetivas de realidad y de opresión a las que, hoy por hoy, nos vemos sometidos.

Libropueblo es, ante todo, una empresa que hay que apoyar: nos devuelve una herramienta de trabajo, el libro, que no es solamente útil para la comprensión, sino también y sobre todo para la transformación de la realidad. Nos devuelve un modo de expresión, la palabra escrita, que ha estado demasiado tiempo encerrada en templos de carísimo acceso. ■ E. HARO IBARS.

